

Un sólido manual de todos los saberes

No, no se fien del aspecto, que dentro está la doctrina en estado original; oséase: los mandamientos de las leyes del libro, con los sacramentos de la bibliografía material, las oraciones de la imprenta...

El Señor te guarde de libro delgado y de cubiertas blanquecinas, salvo que sea de Julián Martín Abad, y como su persona nos ha ofrecido un regalo veraniego de estas características quiero dedicar mi Aurea a esta nueva salida editorial y prevenir a los ingenuos que se fien del dicho. No es, desde luego, la primera vez que hablo en estas páginas (y en otras) de Martín Abad y me temo que, al paso de su constancia bibliográfica, no será la última (y eso espero). Creo que he dicho ya en otras ocasiones casi todo lo que se puede decir de un investigador de su talla, que tiene en otras notables virtudes de varón honrado y pechero la de poco decir, pero escribir mucho (y publicar) lo que predica; su permanencia hace sombra a esa otras historias de nuestra bibliografía bien voceada de grandes propósitos, de ilustres promesas y de sueños impresos, pero que a la postre nunca ven la luz, o si lo hacen es mejor olvidar su aparición, por ello lo de predicar con el ejemplo es máxima que viene al pelo en este lance que menciono.

Julián Martín Abad transita de continuo por un territorio donde sólo cabe la persistencia en acabar ese último trabajo que se tiene entre manos, porque hay otro en el taller reclamando su puesto y, además, incordia a ese proyecto (ya hilvanado) sobre el que se vierten las incontables horas que quedan mientras se terminan las entregas; pero si es llamativa su habitualidad en dar labores a los del ISBN, no lo es menos su contundencia erudita al rematar la faena. Lleva tantos años entre fichas, identificaciones y descripciones librescas, a la vera de recuentos bibliográficos y panoramas históricos de nuestra imprenta áurea que no podía por menos que acabar destilando un sólido manual de todos los saberes que acumula en sus saberes; de ahí lo de libro delgado, de

lomo poco martínabadesco, y lo de cubiertas blanquecinas, que le puede hacer invisible entre otros congéneres parecidos. No, no se fien del aspecto, que dentro está la doctrina en estado original; oséase: los mandamientos de las leyes del libro, con los sacramentos de la bibliografía material, las oraciones de la imprenta —incluida la de “Ayudar en la Mise (en page)”— y la nómina de los Santos Padres en la materia.

Me estoy refiriendo a Los libros impresos antiguos [Valladolid: Universidad de Valladolid (Acceso al saber, Libro y Literatura, nº 2), 2004, 158 pp.], recientísimas todavía otras dos publicaciones suyas de este mismo año, que (al menos) los lectores de Noticias conocen desde la puntual información de la revista. El propio autor nos declara su propósito sin falsas interpretaciones: “No me propongo ofrecer al lector otra nueva historia del libro. No aludiré siquiera a la incidencia de la invención de la técnica impresora, en la evolución de las ideas religiosas, filosóficas, científicas y artísticas, tema por cierto sobre el que no existe un claro acuerdo. Mi objetivo es mucho más humilde: mostrar los aspectos sobre los que conviene que tenga alguna noticia quien tome en las manos un ejemplar de una edición antigua y sienta la necesidad de conocerlo” (p. 13). A buen entendedor pocas palabras bastan, y éstas son en verdad pocas, pero suficientes. Escribir este tipo de obras, un manual al fin y al cabo, asequible para muchos, de fácil lectura y de cómodo recuerdo, no es tarea nada fácil y tampoco está al alcance de todos los que trabajan en esta materia. Hay que esperar un momento de la vida investigadora para acercarse a la humildad de comunicar sintéticamente todo lo que uno ha aprendido y, normalmente, cuando llega ese instante de conocimientos ya asenta-